

EL PORVEJIR DEL OBRERO

Los malos pastores

Es pesado tener que refutar siempre los mismos errores; pero es preciso. El falso argumento usado por los conservadores contra los demócratas lo remuevan estos luego contra los socialistas y anarquistas, apareciendo reaccionarios ante la idea nueva los radicales del día anterior.

Los mismos que hicieron luchar al pueblo por la libertad política se irritan ahora cuando el pueblo prueba de luchar por la emancipación económica, ó siquiera por algún mejoramiento práctico.

Ocurre esto porque los políticos, que divididos en liberales y reaccionarios parecen muy diferentes, son iguales en cuanto políticos, es decir, en cuanto pretenden que el pueblo se sacrifique para que ellos manden.

Una guerra por defender la religión les pareció siempre á los sacerdotes cosa santa; una guerra por engrandecer la patria les pareció siempre muy justa á los reyes y á los magnates que se apoderaban de los territorios conquistados; la clase media consideró muy necesarias las revoluciones que pusieron el poder político en sus manos, aunque fuese á costa de mucha sangre. Pero en cuanto el pueblo ha pensado en luchar por sí mismo, en hacer su revolución por conquistar el derecho á la vida; menos aun, en cuanto los trabajadores han tratado de conseguir algunas mejoras insignificantes y momentáneas ¡cuántos anatemas se han pronunciado contra los revoltosos! Falsos cristianos y falsos demócratas sólo tienen una voz para condenar los excesos del pueblo, para declarar la imposibilidad de la organización social á que los trabajadores aspiran, para profetizar grandes males si no se someten los obreros al capricho de sus amos actuales, los capitalistas, tan crueles y tiránicos como el antiguo clero y los señores de horca y cuchillo.

De igual modo que se intentó ahogar el liberalismo naciente, se pretende ahogar el movimiento obrero con persecuciones feroces, con cargas de caballería en las calles, con torturas en las cárceles. Y no bastando la violencia, se recurre también al engaño. El liberalismo había de traer la maldición de Dios sobre las naciones. Con el mismo tono dramático se dice que el movimiento obrero traerá la ruina de las industrias.

Por fortuna, las naciones más prósperas son las más liberales, y aquellas en que el movimiento obrero es mayor son las más industriales. Esto es irrefutable.

Los países donde el obrero gana mejor jornal y come y se abriga mejor, son aquellos en que centenares de miles de obreros han tomado parte en las huelgas; el relativo bienestar de que gozan los obreros ingleses y

norteamericanos, por ejemplo, no lo han conseguido á fuerza de sumisión á los capitalistas, sino luchando terriblemente. En cambio, véase como viven los infelices trabajadores de las regiones en que se desconoce la solidaridad y se obedece á los curas ó á los políticos.

Lo hemos dicho ya muchas veces: las huelgas no arruinan las industrias, ni menos perjudican á los trabajadores. Al contrario, donde los trabajadores saben luchar son respetados, y no se atreven los amos á cometer los grandes abusos que son frecuentes allí donde los obreros se resignan á no comer y á ser tratados como bestias. Lo que arruina las industrias no es el que los trabajadores coman, sino las competencias que el régimen capitalista lleva consigo.

Condenar el movimiento obrero es muy sencillo, pero ofrecer remedios á los males de los trabajadores ya no es tan fácil. ¿Cuáles son los remedios de los políticos para aplacar el hambre de los trabajadores?

Porque el problema está planteado en estos términos: *El pueblo tiene hambre, el trabajador no gana lo bastante para satisfacer sus necesidades.* Ahora bien ¿qué dicen los conservadores del actual orden de cosas? ¿Qué remedio puede haber dentro del régimen capitalista?

Absolutistas y demócratas, cristianos y ateos, liberales y reaccionarios, ningún remedio pueden ofrecer al pueblo que tiene hambre, porque no es posible asegurar el derecho á la vida de los trabajadores dentro del actual régimen de injusticia y de iniquidad.

El cura dice al pueblo: dame tu dinero, humíllate á mis mandatos y te daré el cielo. El político dice: dame tus votos, obedece mis leyes y te daré el bienestar en la tierra. No vale más el político que el sacerdote. Ambos engañan al pueblo.

Engaña al pueblo todo aquel que le pide algo presentándose como providencia, como capaz de redimirle, porque al pueblo no le redimirá nadie, no le podría redimir el hombre de mayor poder y de mejor voluntad. El pueblo será siempre esclavo de unos ó de otros hasta que sepa obrar por sí mismo, hasta que se halle dispuesto á realizar por sí mismo su propia emancipación.

Pero esto es precisamente lo que no quieren los religiosos y los políticos. Quieren que el pueblo sea siempre rebaño y que se deje conducir por los malos pastores.

El patriotismo exclusivo, que no es sino el egoísmo de los pueblos, no tiene menos fatales consecuencias que el egoísmo individual; aísla, divide los habitantes de los diversos países, los excita á perjudicarse en vez de ayudarse; es padre de este monstruo horrible y sangriento que se llama guerra.

LAMENNAIS.

Juan Miseria

Aquella noche el pobre Juan se acostó sin haber probado bocado, pero muy contento por lo demás.

Era un calzonazos que no se preocupaba jamás de nada. Había nacido con la barriga hambrienta y con la barriga hambrienta creció y vivió; en el trabajo, al andar, al acostarse oía continuamente el clamoreo de sus tripas, con ese chapoteo especial que tienen de pedir pan. Ahora, como Juan Miseria no lo tenía para dárselo, se apretaba un poco más la hebilla del pantalón para hacer callar al charlatán de su vientre.

No obstante sus grandes apuros, Juan Miseria estaba contento porque siempre había tenido quien le defendiese y le protegiese. Es verdad que con ello no se había hecho más rico, pero por lo menos no se veía abandonado sobre la tierra y á ratos pensaba que á fuerza de ser protegido por Pedro ó por Pablo encontraría, al fin, su merecido.

En tales momentos, si sus tripas alborotaban más de la cuenta, el bravo Juan Miseria apretaba enérgicamente el rabillo del pantalón y asunto concluido; era en verdad un honrado bragazas, lleno de confianza en la bondad ajena, y así no se impacientaba nunca, convencido de que el día menos pensado, un día hermoso, de madrugada, se vendría en su ayuda con algo más que con buenas palabras.

Como era al mismo tiempo muy viejo y muy joven y se conservaba siempre poco más ó menos parecido á sí mismo, remontábanse muy lejos sus recuerdos; pero tanto cuanto alcanzase su mirada en el tiempo pasado tanto más pobre se veía, más harapiiento, mal alimentado, sin hogar, maltratado siempre, pero siempre protegido sin tregua por gentes con las que nada tenía que ver.

Había vivido en todos los regímenes y oído todos los cantos nacionales y populares; y viviéndolos y oyéndolos su placer hubiera sido inmenso sin las intemperancias del perpetuo chapotear de sus tripas, cuyo inquietante ruido le subía á las orejas impidiéndole escuchar á su gusto aquellas soberbias armonías.

Su primer protector había sido el rey ayudado de los grandes señores y de los curas; pero en aquel tiempo no había nada con que entretener los dientes, y cuando un desgraciado como Juan Miseria cazaba furtivamente un conejo ó introducía de contrabando una libra de sal, se le colgaba alto y corto, si no se necesitaban remeros en las galeras de Su Magestad. No era solamente esto, sino que, sin pedirle jamás su opinión, se le obliga al pago de impuestos, ignorante siempre del destino que se daba á su pobre dinero.

Estalló luego una gran revolución. El rey, los grandes señores y los curas desaparecieron como encanto. Juan Miseria, que tenía buena memoria, se entretuvo en quemar algunos palacios á modo de represalia. Se le gratificó entonces con la igualdad política, lo que le hizo llorar de gozo; pero ese beneficio no llevó á su puchero ni un garbanzo más. Dijose, para sus adentros, que esperaba otra cosa, pero como viese que se acababa de cortar la cabeza á un tal Babeuf que reclamaba algo más que la libertad política, juzgó conveniente guardar muy adentro sus reflexiones.

Por este tiempo surge un emperador que le cierra la boca en dos tiempos y tres movimientos y, con el pretexto de protegerle también, lo manda á los campos de batalla donde es cribado á balazos, más y mejor que el baluarte que le defiende. Cede el emperador su puesto á un nuevo rey que hace confesar y comulgar á Juan Miseria desde la mañana á la noche, pero guardándose bien de llenarle la tripa porque pretendía solamente hacerle feliz en el otro mundo.

El desdichado, sin irritarse por todo eso, arrojó á este rey y proclamó otro, sin que ganase nada en el cambio. Y hasta el presente, de rey en emperador y de emperador en república, Juan Miseria siempre protegido, miserable siempre, no ha dejado un solo día de verse turbado en su sueño por la vil canción de sus intestinos.

Concibió, en fin, una pequeña esperanza al ver abrazarse entre los hombres algunos que se propusieron estudiar las causas de su miseria é indagar los medios de suprimirla. Unos le enseñaron que era desgraciado porque debía serlo y que el mundo no sería jamás de otro modo. Otros le aseguraban que sufría por su propia culpa, que todos sus males provenían de su incuria y de su desorden. Algunos le aconsejaban el ahorro y como Juan Miseria les hiciese observar que mientras no poseyera dinero suficiente para acallar el maldito ruido de sus tripas le sería difícil llevar nada á la Caja de Ahorros, le respondieron con la cantilena de que tenía muy mal caletre y principios deplorables.

Y Juan Miseria sufriendo siempre! Padece ahora tanto ó más que en tiempos pasados. Falta trabajo frecuentemente, pero sino nuevos protectores inventan máquinas nuevas que reemplazan sus brazos, agravando su infortunio.

Juan Miseria no está solo; no es el único á lamentarse, el único que gime y se arrastra por los senderos de la vida tras un ingrato trabajo y un pedazo de pan. Millares y millares de hermanos suyos, hechos á su imagen y semejanza, otros Juan Miseria, comparten sus dolores y aprietan rabiosamente los rabillos del pantalón sin lograr que cese, ni por un momento siquiera, la infernal canción de su vientre colérico.

Por fin tuvo Juan Miseria, á pesar de todo, una gran alegría. Surgieron valientes defensores, protectores energicos que se proclamaron abogados de su causa. ¡Fueron muchos, tal vez demasiados! Para hacer bien un trabajo no es necesario que todo el mundo ponga manos sobre él á la vez y que cada uno tire por su lado. Había quien trataba de emancipar al pobre Juan de tal modo, quien de tal otro, y todos se querellaban é injuriaban pretendiendo que su sistema era el mejor y loco ó desafecto á Juan Miseria quien intentara protegerle de manera diferente. Y en tanto disputaban los nuevos protectores, el infortunado sentía el vacío de su estómago con tanta viveza como de ordinario.

Pusieron, no obstante, de acuerdo un día los amigos de Juan Miseria para buscar juntos el medio mejor de aliviar á su cliente. El entusiasmo de Juan no tuvo límites, porque se prometía el fin próximo de todos sus dolores. Pero tan pronto como sus protectores se hallaron frente á frente, en lugar de reconcentrar en él todos sus pensamientos, comenzaron de nuevo á querellarse é injuriarse, enseñándose los puños y agarrándose de los cabellos como mujeres. Separáronse, pues, enseguida tratándose recíprocamente de embusteros y malvados.

Por eso aquella noche Juan Miseria se acostó sin probar bocado, y, como es un alma buena, se acostó feliz y contento porque sabe que cuenta con un gran número de amigos. Mas como tratara de dormirse y no lo lograra porque estaba un poco más hambriento que los días pasados, entendió por primera vez muy distintamente la cantilena de su vientre vacío.

—¡Tú harías muchísimo mejor en protegerte á tí mismo!

JACQUES FERNEY

Recuerdo de un amigo

Para R. Burguete.

En otro tiempo la noticia me hubiera indignado. ¡Hacer por suscripción un asilo para los perros vagabundos!... ¿Y los hombres menesterosos—hubiera yo dicho—no valen más que los perros?

Hoy he leído con la mayor indiferencia que el *New York Herald* ha recabado para dicho asilo más de 4.000 francos en 48 horas. Es más: yo, que ya doy de mala gana una peseta á un periodista, voy á dar cinco francos para los perros de París. Creeré que he estado en el café y que allí tuve la suerte de que diez buenos compañeros en la prensa fuesen á saludarme...

A pesar del trato á que suelen obligarme las gentes, nunca sentí interés ni afecto por las bestias. Sin embargo, recuerdo haber recogido en dos episodios la mirada de dos animales, que no eran *publicistes espagnols*.

Cuando murió mi abuela—que sí es difunta, por lo que extrañarán ustedes que no me de bombo,—me abalancé á llevarme una cotorra que ella tenía en el jardín, porque nada atrofia tanto el corazón como la esperanza de una herencia... Asomado á la ventana del dormitorio, ví á mi abuelita en la agonía, con los ojos desmesuradamente abiertos y fugitivos, como dos manchas que huían de un cielo azul, y enseguida desaparecí en busca de la cotorra. Mucho tiempo ha pasado; pero aun guarda mi imaginación el asombrado mirar de la cotorra ante mi raptó macabro y paréceme que pasan fugitivas sobre sus pupilas las azules manchas de los ojos de mi abuela.

Más tarde, en el laboratorio del doctor Richet, miróme con singular tristeza un perro, al que arrastraban de una cuerda después de sacarlo de un aparato.

Pálido, encanijado, con los pelos de punta, con toda la barba, marchando gravemente y con la cabeza baja, había en toda su persona una expresión de melancolía tan profunda, que me costó trabajo reconocerle. ¿Era un perro? ¿No sería un sabio? En la duda, le saludé respetuosamente.

Pasó por la sala, como si pasase por la capilla, y enseguida lo zamparon en otro aparato, destinado á graduar la respiración.

Poco á poco le quitaron el aire y le fueron convirtiendo en una sombra borrosa. Primero parecía un perro de cartón pintado, que echaba la cabeza hacia atrás, entornando los ojos; luego no parecía nada ni siquiera perro; y, por fin, reventó.

Se había hecho el experimento y graduable la respiración; y al dejarle allí, patas arriba, sentí un remordimiento atroz, y recordé que me llamó, con sus ojos tristes al pasar por la capilla con dirección al patíbulo de la Ciencia...

Más tarde aun compré un perro, á pesar del horror que los de su casta me inspiraban, horror justificado porque un mastín, al igual de tantas personas, me mordió sin que yo le hubiera dado que sentir.

Lo compré porque se le antojó á uno de los tiranos de mi vida, como llama Blasco Ibañez á mis muchachos.

Era un perrito recién nacido, raquítico, chiquitín, medroso y ridículo. Como nunca habíamos tenido ocasión de bautizar á nadie en casa, bautizamos al perro. Lo llamamos León, con el mismo derecho con que algunos periodistas llaman héroe á Weyler, y por León respondía cuando yo le daba un puntapié, no ciertamente por demostrarle afecto, como lo demostraba Félix Faure con los que propinaba á sus vasallos republicanos «aunque los quería muchísimo», según declaró el mismo al morir en caliente, sino para indicar á León que me era perfectamente antipático.

Pocos fueron, sin embargo, los puntapiés que le dí, pues muy luego noté que el pe-

rrito era una persona muy decente, mucho más que ciertos compañeros, á quienes no he dado aun ningún puntapié.

Brincaba y bailoteaba los menos de los días, que eran los de mi humor sereno; si lo tenía turbio, ladraba él á los transeúntes; si tristón, echábase bajo el Montjuich que me sirve de escritorio, y de vez en cuando mirábame con intensa piedad.

Nunca fué osado á pedirme recomendaciones, ni dinero, ni siquiera los buenos días. Jamás pidió café á mi cuenta. Nunca pensó en asestarme una dentellada á traición y á mansalva, después de lamerme la mano. Llegué á tomarle afecto.

Ya me parecía tan respetable, que hasta sentí haberle bautizado...

El primero de Abril del año pasado hubo una novedad en estas latitudes: el Sol alumbró bonitamente las 5 de la tarde en el reloj de la estación de Asnières. Al regresar, todo alegre, á casa, ví que mis «tiranos» que, como de costumbre, aparecieron en la verja del jardín para encarcelarme, con mimos, hasta el día siguiente, tenían los ojos cuajados de lagrimones.

—¡León!... ¡Pobrecito León!... ¡Lo han matado!...

Y ví á mi familia á la orilla del jardín, bajo un sauco, sobre el magullado cadáver de León, cuyos vidriosos ojos me pareció que se animaban al mirarme.

¡León!... ¡Pobrecito León!... ¡Lo han matado!...

Salió á corretear, deslumbrado por el Sol, que nunca había visto, en el mismo instante en que pasó con velocidad homicida el automóvil que lleva el *Journal des Débats* de París á los pueblos comarcanos; y el vehículo de tantos infundios le fracturó la columna vertebral...

Anochecido hicimos para él un hoyo en el jardín, y mientras cavábamos, á la sinistral luz de un farol de la Avenida, volví á ver cuajarse de lagrimones los ojos de mis muchachos.

¡Otra vez hoy es primero de Abril! ¡Otra vez ha vuelto el Sol á alumbrar las 5 de la tarde en el reloj de la estación! Otra vez ha pasado el automóvil con su carga de mentiras, para distribuirla á los pueblos de París! Y al recordar á León, aplastado por la prensa, me parece ver en su destino un símbolo del mío, y recuerdo con envidia al pobre perro, que se me adelantó en dormir en paz, bajo un sauco, á la orilla de un camino...

LUIS BONAFoux

El hambre

¿Véis ese niño vestido con harapos, el rostro demacrado, el pelo largo y sin peinar, descalzo y que os alarga la mano en demanda de un óbolo que para comer os pide con voz lastimera? No es hijo de ningún conde, ni marqués, ni ministro, ni banquero, ni propietario; es hijo de un obrero que toda su fortuna la constituyen sus brazos, con los que gana un mísero jornal los días que trabaja, jornal que no le alcanza para dar de comer á los pequeñuelos.

Creéis que ese padre es feliz porque ríe en algunas ocasiones? Si tal creéis, os equivocáis.

Si en los momentos en que, queriendo alejar de sí toda pena, se une á sus amigos con intención de pasar un rato alegre, pudiéramos examinar su fondo, veríamos las huellas del dolor, marcadas en todas sus fibras, observaríamos que trata de ahuyentar las amarguras de esta vida miserable y no puede; quizás en aquellos momentos esté buscando un rato de placer para no llorar recordando el cuadro triste que se le presenta en su casa cada vez que en ella entra; que tiene allí á varios pequeñuelos que le piden pan y no puede satisfacer esa necesidad perentoria.

¡Qué triste es llegar á casa un padre de

familia con las manos vacías y encontrar á las criaturitas inocentes que no han cometido ningún delito y que la sociedad actual las castiga al constante ayuno, las cuales con toda la inocencia propia de la edad, se tiran en brazos de aquel que daría mil vidas por ellas é ignorando que no ha trabajado por que no encuentra donde, le dicen:

«¡Padre, pan! tenemos hambre!»

El alma le cae á los pies al oír tales palabras y ver que no puede satisfacer la necesidad.

¿Habrá mayor dolor en el mundo?

¿Quién que no haya pasado por este trance, será capaz de describirlo con todos los detalles y pormenores?

Pues esto ocurre diariamente en España, en Europa, en el mundo entero.

¿Qué delito cometen esos seres que, ignorando lo que en su propia casa ocurre, pasan el día entretenidos en juegos inocentes, esperando al padre que les traiga pan para comer, aunque sólo sea una sola vez al día? ¿Y quién es capaz de consolar al padre y á los hijos en momentos tan angustiosos? ¿Valen en esos casos las palabras y las promesas? Ciertamente que no.

Sin embargo aquel padre, con todo el dolor de su corazón y pensando que la tierra produce lo suficiente para todos, que los que no trabajan comen opíparamente mientras los que todo lo producen ayunan por fuerza, recurre en tales casos á las palabras para sofocar las voces de aquellos seres hambrientos, prometiéndoles traer pan mañana si son buenos chicos y no lloran.

Este es el único recurso que de momento emplea quien á tal extremo llega y pensando en la promesa de mañana, se acuesta y no puede dormir, porque la voz de aquellos pedazos de su corazón, la oye repercutir cada momento que dicen: «Tenemos hambre, pero mañana nos traerá el padre pan y comeremos.»

¿De qué es capaz un hombre que llega á tal extremo? Pongan la mano sobre su conciencia, consulten primero y luego contesten.

Pues en idéntico caso se encuentra un rapaz cuando tiene hambre y no encuentra quien le proporcione un mendrugo.

Ese niño, medita, ve que unos viven y se divierten, mientras otros como él no comen teniendo derecho á la vida. Y en el cerebro de ese niño, que la sociedad no cuida de ilustrar, germina la idea del crimen, la defensa del animal acorralado.

Llenas están las cárceles y presidios. Veamos si los detentadores de la tierra y del poder, los usureros, los criminales en grande escala se encuentran allí; no, seguramente; sólo encontraremos desheredados de la fortuna, obreros, hombres sin títulos ni influencias, sin ilustración; esos son los que desde la infancia conocieron el hambre, el frío, la miseria. La sociedad no les ha dado sino sufrimientos, ignorancia y malos ejemplos; y luego se considera con derecho para castigarlos con rigor.

JOSÉ SANJUAN

Colonización

En todas partes la sucesión habitual de los acontecimientos es la siguiente: misioneros enviados á los príncipes indígenas, concesiones acordadas por estos, querellas entre estos y aquellos, invasión y apropiación del territorio. Desde luego se envía hombres que prediquen á los paganos el cristianismo, y enseguida se les envía cristianos que les ametrallan.

Gentes á quienes se llama salvajes y que, según el testimonio de muchos viajeros, se portan bien hasta el momento en que se les maltrata, reciben lecciones de buena conducta de gentes que se dicen civilizadas, que bien pronto les subyugan, que les inculcan el derecho y les dan la demostración tomándoles sus tierras. Esta política es sencilla y siempre igual: biblias primero y cañones después.

Respecto de tales hechos que ocurren en el extranjero ¿cuál es el sentimiento en el país?—Honos, títulos, emolumentos llueven sobre los agresores.

Un viajero que no da valor á la vida humana es considerado como un héroe y festejado por las clases superiores; entonces las clases inferiores ovacionan á un jefe de filibusteros.

«El poderío británico», el «valor británico», los «intereses británicos», son palabras que salen de todas las bocas. Pero de justicia ni una palabra, no se le concede ni un pensamiento.

H. SPENCER

Desigualdad social

SONETO

Trabajando diez horas Juan Clemente gana sólo seis reales cada día; por echar varias firmas don García cobra unas mil pesetas mensualmente.

El operario, activo y diligente, puede vivir con mucha economía; el de las varias firmas tiene usía y el cargo ocupa regaladamente.

El pobre Juan, sufrido, humilde obrero, porque á nadie aduló ni fué logrero, habita un mal tabuco poco sano.

Pero el otro, que es hábil cortesano, hipócrita encubriendo su bajeza, tono se da ¡oh sarcasmo! de grandeza.

R. DE CASTILLA MORENO

La verdad en su sitio

Equivocadamente se atribuye á Jesús, vulgarmente conocido por el *Cristo*, la fundación de la religión llamada hoy cristiana. Este no fué, á pesar de las afirmaciones de los santos historiadores cristianos, más que un simple reformador de la religión judaica. Jamás pasó por su exaltada imaginación fundar una religión nueva, y menos pudo pensar en hacerla universal, como han pretendido, y creen aun, millones de seres. Este participaba de las ideas de los *escnios*, á cuya secta pertenecía, y por lo tanto, sólo procuró abolir las prácticas exteriores tan en uso en aquellos tiempos, fomentando para ello el culto interior de la religión.

La prueba más evidente nos la dá la primera comunidad religiosa que se formó á raíz de su muerte, la cual practicaba la antigua ley judaica con todos sus ritos y costumbres, sin faltar la observancia del sábado, la circuncisión y el tácito respeto al templo de Jerusalem.

Más tarde aparece en la escena religiosa Saulo de Tarso, perseguidor incansable de los *judíos-cristianos*, el cual, al convertirse al cristianismo, tomó el nombre de Paulo ó Pablo, y á él precisamente se debe el actual cristianismo, por haberlo separado completamente del judaísmo, tomando en su poder gran incremento por sus continuos viajes y pasmosa actividad.

A pesar de esto, la doctrina primitiva, el llamado *Petrinismo*, siguió imperando entre los *judíos-cristianos* hasta que acaeció la destrucción de Jerusalem, siendo esta la causa del triunfo definitivo de la nueva religión. El *Paulinismo* ó religión de los *paganos-cristianos*, llegó á cobrar tal fuerza y poder que pronto pudo dominar al mundo, y por cierto que su primer cuidado fué perseguir con saña cruel á los judíos y á su doctrina, esto es, á la doctrina reformada de Jesús, al cual llaman los *cristianos-católicos* su *Cristo*.

Por lo tanto, se puede asegurar que Paulo ó Pablo es el verdadero fundador del hoy llamado cristianismo, y no Jesús como nos quieren hacer creer los *santos padres* de la iglesia, sin comprender que nada hay tan hermoso como la verdad en su sitio.

FRANCISCO REY

Cárcel de Sevilla

Viciosos

De los vicios del trabajador hacen argumento con frecuencia los mismos que nunca se han cuidado de instruirle, de educarle y mucho menos de darle buenos ejemplos que mejorasen su conducta.

Porque el trabajador es vicioso, según dicen los ricos egoístas, no merece que se ocupen de su suerte, ni que le compadezcan en sus desgracias.

Pero examinémoslo bien: ¿Es cierto que los trabajadores son viciosos? Ciertamente, hay algunos que lo son; aunque no la mayoría, de ningún modo. La mayoría de los trabajadores no tiene más preocupación que la de ir viviendo, y mantener á su familia, para lo cual encuentra tantas dificultades que no tiene tiempo ni humor para pensar en otras cosas.

Sin embargo, dejemos á éstos y hablemos solamente de los trabajadores que se entregan á cualquier vicio.

¿Por qué son viciosos estos trabajadores? Aunque antes deberíamos preguntar: ¿Cómo es posible que no lo sean?

Los directores de la sociedad, los de ahora y peor los de antes, ¿qué han hecho para apartar á los trabajadores del vicio?

¿Han procurado instruirles y educarles? ¿Les han hecho amar la vida, la salud y la belleza? ¿Han cuidado de inspirarles sentimientos delicados? y sobre todo, ¿qué ejemplos les han dado?

El pobre sólo ha podido ver en el rico una ambición desenfrenada, ambición de dinero y de poder y afán de placeres. El pobre ha visto que el rico sólo procuraba enriquecerse más, por todos los medios; ha visto que el rico con tal de satisfacer su ansia de placeres no respetaba la honra ajena, se burlaba de la pretendida santidad del matrimonio, hollaba el pudor de la doncella, sin ninguna piedad, sin ninguna consideración. Ha visto que el rico se entregaba desenfrenadamente á los placeres de la mesa, abusando de los ricos manjares y de los vinos esquisitos, hasta la embriaguez lucida en fiestas y públicamente. Ha visto al rico entregarse al juego, escandalosamente tolerado y respetado al tahir, llenos los dedos de brillantes.

Ha visto que todos los vicios, todas las degradaciones brillaban desvergonzadamente en las alturas de la sociedad. Y el pobre ha creído que esta era la vida, la hermosa vida, la vida deseable. Y la ha deseado ardentemente, y ha procurado imitarla, groseramente, con los escasos medios que estaban á su alcance. ¿Tiene la culpa el pobre ignorante de que le hayan dado estos ejemplos y no le hayan hecho conocer, amar, y desear una vida mejor?

El cuidado inmediato de la dirección y de la educación del pueblo ha estado durante siglos en manos del clero corrompido, soez, ignorante también y lleno de bajas pasiones. El concepto de la vida que el clero ha logrado inspirar al pueblo, no ha podido ser más ruín. El clero ha estado siempre lleno de vicios y falta de toda idea elevada; sólo ha podido enseñar al pueblo la bajeza, la hipocresía, cubriendo con falsas apariencias las mayores corrupciones. Y así ha salido el pueblo de manos de tales educadores.

Hoy se habla al pueblo de higiene; hoy se le habla de los cuidados que requiere la salud del cuerpo; hoy se le presentan ideales de arte, de solidaridad, de noble altruismo que ha de conducir al bienestar de todos sobre la tierra. Pero esos ideales encuentran una gran resistencia, por causa de las heredadas costumbres, por causa de la degeneración producida por el modo de vivir antiguo en medio de la suciedad, del abandono, de la inercia mortal á que le habían inclinado.

Al pobre le habían enseñado que sus penas no tenían remedio, y esto era desconsolador y profundamente inmoral. Desesperanzado de mejorar, buscaba algún alivio en el alcohol, que le alegraba un momento, que le aturdiría haciéndole olvidar sus sufrimientos un instante, aunque luego agravara sus males. No respetaba la vida ni la honra ajena, porque no le habían enseñado que esto fuera respetable, antes bien con ejemplos le mostraban lo contrario. Le aficionaba al juego la consideración de que el trabajo sólo producía miseria, mientras que el azar de la fortuna podía elevarle á la altura de los ricos privilegiados.

Esta era, y es todavía, la mala educación antigua que procuraron siempre al pueblo los magnates, los falsos moralistas, los encargados de su educación.

Ahora el sistema capitalista produce los mismos resultados. Trabajando, el pobre no puede salir nunca de su miseria física y moral. En cambio, en las alturas se goza desenfrenadamente; la *gran vida* consiste en abusar de todo sin escrúpulos.

Si no ha de haber remedio nunca, si el mundo ha de ser siempre así, ¿qué sentido pueden tener para el pobre las predicaciones morales? ¿Por qué no ha de procurar un momentáneo olvido por medio del alcohol? ¿Por qué no ha de buscar en la *vida airada* el aturdimiento y la inconciencia, que le produzcan, aunque sea por pocos instantes, la ilusión de una felicidad grosera, ya que no puede aspirar á cosa mejor?

He aquí demostrada la necesidad de la lucha contra el pasado con sus preocupaciones, sus enseñanzas, su moralidad, su concepto de la vida y la desesperación consiguiente.

Es preciso que los trabajadores salgan pronto de esa negra noche de abominaciones, de desesperaciones, de ignominias.

El pueblo tiene derecho á algo más; el trabajador tiene derecho á ser algo más que una máquina productora de riquezas para los poderosos; tiene derecho á algo más que al vicio repugnante y grosero. Los trabajadores tienen derecho á la vida sana, á la vida agradable; tienen derecho á la esperanza de un porvenir mejor.

Pero éstos derechos y esta esperanza no pudo dárselos el pasado bajo la esclavitud señorial y teocrática, ni puede dárselos el presente bajo la esclavitud del capitalismo.

Estos derechos y estas esperanzas sólo pueden tener realización en la sociedad libre del porvenir. Sólo la concepción de esa sociedad libre puede inspirar al pueblo las energías necesarias para dominar sus malos instintos heredados, para sobreponerse á sus malas costumbres, para romper con las preocupaciones que le mantienen sujeto al mal.

Para conquistar el ideal del porvenir el trabajador necesita ser fuerte, sano, instruido. La esperanza de ese ideal es lo único que puede fortificar su voluntad para dominar los vicios y elevarse á sí mismo, regenerarse, para hacerse digno de la vida superior á que aspira.

Las palabras vanas de la falsa moral religiosa, no han servido para apartar del vicio á los pueblos, sino todo lo contrario.

En cambio los trabajadores que han comprendido el hermoso ideal de la sociedad libre abandonan el vicio por propio impulso, sin necesidad de predicaciones. Abandonan el vicio para hacerse fuertes, para instruirse, para mejorarse individualmente y contribuir al mejoramiento general.

El vicio, fruto necesario de las ignominias del pasado, no se conocerá en la sociedad libre del porvenir.

Políticos y burgueses

Está en suspenso esta polémica á causa de haber salido para Barcelona por motivos de salud el propietario de *El Liberal* señor Rodríguez.

Afortunadamente, según dice *El Liberal* que han prometido los médicos de Barcelona, el señor Rodríguez estará de regreso dentro de quince días, completamente restablecido, y entonces podrá continuar la discusión.

Entretanto, nos parece conveniente decir algo de los dos casos que el colega cita como muy convincentes.

El primero se reduce á que el fabricante y concejal señor Pons Mascaró, ha perdido un cliente del mismo modo que lo había adquirido. Ese cliente, D. José García Valle, de la Habana, lo ha sido también de muchos otros fabricantes de esta ciudad, y los ha tomado y dejado conforme le ha convenido. ¿Vamos á decir que la industria se arruina porque el señor Pons Mascaró pierde un cliente?

El otro caso es el de D. Pedro Sintés Pascuchi. Este fabricante trabajaba por una casa de Barcelona, que luego ha tenido por conveniente proveerse de calzado mallorquín. Pero el señor Sintés no ha dicho que esto fuese por causa de las huelgas; esto es otra invención de *El Liberal*. Además: el calzado á que el colega se refiere lo pagaba el señor Sintés á sus operarios de 2'50 pesetas á 3'25, según los tiempos. Era un trabajo que, como el calzado para la península en general, era muy costoso, y necesitaba un buen operario para hacer un par por día, y la generalidad hacían menos. No sabemos como se arreglarán en Inca para hacerlo *una peseta* más barato; lo cierto es que los trabajadores mahoneses no pueden trabajar por este precio. Vea el colega lo que cuesta aquí la vida, el precio que alcanzan los comestibles, gracias á los consumos y á todo género de impuestos y arbitrios, el precio de los alquileres, de todas las cosas necesarias; ¿es posible que el trabajador mahonés pueda vivir con una ó dos pesetas?

Algunos maestros tienen la costumbre de leer á sus operarios las cartas que traen malas noticias de Cuba; pero cuando las noticias son buenas se guardan muy bien de comunicarlas. Desde ahora podrán llevar las noticias malas al diario republicano, que les ayudará á justificar las rebajas de precios; pero las buenas noticias no las publicarán tampoco, seguramente.

Se está organizando un mitin para el día 7 de Enero en el Teatro Principal, á fin de tratar de las actuales circunstancias de la industria del calzado en Menorca. Se admitirá la controversia.

ECOS Y COMENTARIOS

El suelto del número anterior en que dábamos cuenta de la inscripción civil del niño Fecundo Amable Progreso, hijo de los compañeros Dolores Dolader y Sebastián Pons, era una correspondencia de Lérida que tuvimos que *comprimir* por falta de espacio; pero al hacer el suelto se nos olvidó poner el nombre de la población.

El Liberal, que desde hace algún tiempo parece que no puede pasarse de tener polémica con nosotros, se aprovecha de la ocasión para decirnos que los republicanos mahoneses efectúan tantos actos civiles como los anarquistas, y hasta con *cierta conciencia*.

Decimos que aprovecha la ocasión porque si hubiese querido hubiera podido comprender desde luego que se trataba de una equivocación, pues en el suelto se habla de un mitin, que el colega puede saber que en Mahón no se ha celebrado, y se citan los nombres de los que tomaron parte que tampoco corresponden á compañeros mahoneses.

Esto aparte, puede ser que los republicanos, siendo tan numerosos en esta ciudad, hayan celebrado más actos civiles que los anarquistas; pero si contamos los que se van celebrando quizá resulte la estadística algo diferente. Pero, sobre todo, la que resultaría muy curiosa fuera la estadística de los que se celebran por la iglesia; los republicanos de más viso, los que el colega podría calificar de más *conscientes*, porque son los directores del cotarro, se casan por la iglesia *casi todos*, y bautizan á sus hijos, y llevan á confesar á sus mujeres, á pesar de mostrarse muy anticlericales cuando los republicanos celebraban también mitines y conferencias populares.

¿Por qué ha de salir el colega á la defensa de los *republicanos de boquilla*, únicos aludidos en el suelto de refereneia?

Parece que todavía se quiere seguir molestando á compañeros nuestros con motivo de la desaparición de la cruz que los frailes hicieron colocar en S. Luis.

Recordamos á este propósito que los frailes dijeron *desde la cátedra del Espíritu Santo*, que al que tocara la cruz se le caerían al suelo los brazos.

Si se quiere hallar al autor del derribo, no hay más que mirar si se le han caído los brazos á alguien, como consecuencia del *sacrilégio*.—O se tiene fé, ó no se tiene fé.

La hora en que cerramos la edición del periódico no nos permite dar noticia de la función celebrada en el Teatro Principal á beneficio de la Escuela Libre del barrio 15.

Sabemos que todas las localidades estaban despachadas y que se habían vendido casi todos los billetes de la tómbola.

En el número próximo daremos cuenta del resultado.

Cada día se acogen con mayor interés los cuadernos en que aparece la interesante producción de Eugenio Sue, *Los siete pecados capitales*, por la manera irreprochable con que su editor, D. Luis Tasso, de Barcelona, la presenta.

El número 12, último de los hasta ahora publicados, con 32 páginas de texto y bonita lámina de regalo, está á la venta al precio de 15 céntimos.

Próximamente entrará en prensa la última edición de la importante obra *Veinte siglos de lucha*, que constará de un tomo de 500 páginas.

En ninguna casa debe faltar este libro. Las personas que desearan ser agentes en cualquier punto de España ó América, pueden pedir los prospectos, que se les mandarán gratis á vuelta de correo.

Alguien ha dicho: «Leed y seréis grandes y sabios», y esto es una gran verdad.

Dirección: Santiago (Chile) correo Casilla 1076, A. E. Schudeki S.